

EL DELINQUENTE  
HONRADO.  
COMEDIA EN PROSA.

PUBLICALA

DON TORIBIO SUAREZ  
DE LANGREO.

FIELMENTE CORREGIDA , ADICIONADA Y EMENDADA

EN ESTA SEPTIMA IMPRESION.



CON LICENCIA.

MADRID: AÑO DE 1803.

*Se hallará en la Librería de Quiroga , Calle de Carretas.*

*Es cosa muy terrible castigar con  
la muerte una accion que se tiene  
por honrada.*

Act. I. scen. V.

García  
[Signature]

INTERLOCUTORES.

- D. Justo de Lara..... Alcalde de Casa y Corte.
  - + D. Simon de Escobedo..... Corregidor de Segovia , y padre de
  - Doña Laura..... viuda del Marques de Montilla, y esposa actual de
  - D. Torquato Ramirez..... hijo natural , desconocido , de Don Justo.
  - D. Anselmo..... amigo de D. Torquato.
  - D. Claudio..... Escribano , Oficial de la Sala.
  - D. Juan..... Mayordomo de Don Simon.
  - Felipe..... criado de D. Torquato.
  - Eugenia..... criada de Doña Laura.
- Un Alcayde , dos Centinelas , Tropa , y Ministros de Justicia.

LA SCENA SE SUPONE EN EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

ACTO PRIMERO.

SCENA II.

SCENA I.

Torquato, Felipe.

*El Teatro representa el estudio del Corregidor adornado sin ostentacion. A un lado se verán dos estantes con algunos librotos viejos, todos en gran folio, y enquãdernados en pergamino. Al otro habrá un gran bufete, y sobre él varios libros, procesos y papeles. Torquato sentado acaba de cerrar un pliego, le guarda, y se levanta con semblante inquieto.*

Torq. No hay remedio: ya es preciso tomar algun partido. Las diligencias que se practican son muy vivas, y mi delito se va á descubrir.... ¡ Ay Laura! ¿ Qué dirás quando sepas que he sido el matador de tu primer esposo? ¿ Podrás tú perdonarme? . . . Pero mi amigo tarda, y yo no puedo sosegar un momento.

*Vuelve á sentarse, toma un libro, empieza á leer, y le dexa al punto.*

Este Ministro que ha venido al seguimiento de la causa es tan activo! . . . Ah! ¿ Dónde hallaré un asilo contra el rigor de las leyes? . . . Mi amor y mi delito me seguirán á todas partes. . . . Pero Felipe viene.

Felip. Señor.

Torq. Pues: ¿ Y Don Anselmo?

Felip. Viene al instante. ¡ Oh que trabajo me costó despertarle! Quando entré en su quarto estaba dormido como un tronco; pero le hablé tan recio, metí tanta bulla, y dí tales tirones de la ropa de su cama, que hubo de volver de su profundo letargo, y me dixo que venia corriendo. Ya yo me volvia muy satisfecho de su respuesta, quando veo que dando una vuelta al otro lado se echó á roncar como un Prior: con que me quité de ruidos, y con grandísimo del tiento le fuí poco á poco incorporando: le arrimé las calcetas: ayudéle á vestirse; y gracias á Dios le dexo ya con los huesos en punta.

Torq. Muy bien. ¿ Y has sabido si tendremos carruage?

Felip. ¿ Carruage? Quantos pidais. Mientras la Corte está en San Ildefonso, no hay cosa mas de sobra en Segovia: pero como yo no sabia donde era nuestro viage, no me atreví á ajustar alguno. Si vamos á Madrid, tendremos retornos á docenas. El

che que traxo el Alcalde de Corte, aun no se ha ido, y se podrá ajustar barato. Ah Señor! (me acuerdo ahora por el Alcalde de Corte) ¿no sabeis lo que hay de nuevo? . . .

*Torquato nada le responde.*

*Fel.* Acaban de traer á la cárcel á Juanillo el criado del Marques.

*Torquato se inmuta.*

*Fel.* ¡Pobrete! Ahora tendrá que confesar de plano, si no quiere cantar en el ansia. Dicen que sabe quanto pasó en el desafio de su amo. Par diez él será muy tonto en no desembuchar quanto ha visto.

*Torquato, aparte.*

Ya el riesgo es mas urgente.. Felipe.

*Fel.* Señor.

*Torq.* Haz que mis vestidos se pongan en los baules: á Eugenia, que te entregue toda mi ropa blanca; y date prisa, porque nuestro viage es pronto, y durará algunos dias.

*Fel.* Aquí hay algun misterio. *ap.*

*Anda por el quarto poniendo en orden los muebles, y recogiendo alguna ropa de su amo que habrá sobre ellos.*

*Torq.* Aun no parece Anselmo. . . .

*Sacando el relox.*

Las siete y quarto. ¡Qué tardo pasa el tiempo sobre la vida de un desdichado!

*Felipe sin dexar su ocupacion.*

¿Tan recien casado hacer un viage! . . . ¡El está tan triste! . . . ¿Qué diablos tendrá?

*Torq.* Acaso juzgará intempestiva mi resolucion. ¡Ah! no sabe toda la afliccion de mi alma.

*Felipe, mirando á su Amo.*

¡Tiene un genio tan reservado! . . .

*Torq.* Ya parece que viene.

*Fel.* No quiero interrumpirlos.

*Torq.* Cuidado con lo que te tengo prevenido. Si alguien me buscare, que no estoy en casa, y si Don Simon preguntase por mí, que estoy escribiendo.

## SCENA III.

*Anselmo, Torquato.*

*Ans.* A fe, amigo mio, que me has hecho bien mala obra. ¡Dexar la cama á las siete de la mañana! . . . Hombre, no lo haria ni por una Duquesa. Mas tu recado fué tan ejecutivo. . .

*Despues de alguna pausa.*

Pero Torquato, tú estás triste. . . . Tus ojos. . . . Vaya, ¿apostemos á que has llorado?

*Torq.* En mi dolor apenas he tenido ese pequeño desahogo.

*Ans.* ¿Desahogo? ¿Las lágrimas? . . . No lo entiendo. ¿Pues qué? ¿Un hombre como tú no se correria? . . .

*Torq.* Si las lágrimas son efecto de la sensibilidad del corazon, desdichado de aquel que no es capaz de derramarlas!

*Ans.* Como quiera que sea yo no te comprehendo. Torquato, tus ojos están hinchados, tu semblante triste, y de algunos dias á esta parte noto que has perdido tu natural alegría. ¿Qué es esto? Quando debieras. . . Hombre, vamos claros: ¿Quieres que te diga lo que he pensado? Tú acabas de casarte con Laura, y por mas que la quieras, tener una muger para toda la vida: sufrir á un suegro viejo é impertinente: empezar á sentir la falta de la dulce libertad, y el peso de las obligaciones del matrimonio, son sin duda para un jóven graves motivos de tristeza; y vé aquí á lo que atribuyo la tuya. Pero si esta es la causa, tú no tienes disculpa, amigo mio, porque te la has buscado por tu mano. Por otra parte Laura es virtuosa, es linda, tiene un genio dócil y amable, te quiere mucho, y tú, que has sido siempre derretido, creo que no la vas en zaga. Sobre todo,

*Viendo que no le responde.*

Torquato, tú no debes afligirte por frioleras: goza con sosiego de las dul-

zuras del matrimonio, que ya llegará el día en que cada qual tome su partido.

*Torq.* ¡Ay Anselmo! Esas dulzuras, que pudieran hacerme tan dichoso, se van á cambiar en pena y desconsuelo: yo las voy á perder para siempre.

*Ans.* ¿A perderlas? ¿Pues qué? . . . Ah!

*Dándose una palmada en la frente.*

Ahora me acuerdo, que tu criado me dixo no sé qué de un viage . . . .

Pero yo estaba tan dormido . . . .

*Torq.* Tú eres mi amigo, Anselmo, y voy á darte ahora la última prueba de mi confianza.

*Ans.* Pues sea sin preámbulos, porque los aborrezco. ¿Puedo servirte en algo? Mi caudal, mis fuerzas, mi vida, todo es tuyo: dí lo que quieres, y si es preciso . . . .

*Torq.* Ya sabes que fuí autor de la muerte del Marques de Montilla, y que este funesto secreto, que hoy llena mi vida de amargura, se conserva entre los dos.

*Ans.* Es verdad: pero en quanto al secreto no hay que recelar. Tú sabes tambien quanto hice con Juanillo, el criado del Marques, para alejar toda sospecha; pues aunque solo tenia algunos antecedentes del desafío, yo le gratifiqué, le traspuse á Madrid, donde nadie le conoce, y mi amigo el Marques de la Fuente está encargado de observar sus pasos. No, lejos de pensar en tí ese bribon, tal vez creerá . . . . Pero no hablemos de eso, porque no es posible . . . .

*Torq.* ¡Ay Anselmo! ¿Quánto te engañas! Ese criado está ya en las cárceles de Segovia.

*Ans.* ¿Cómo? ¿Juanillo? ¿Juanillo! . . . .  
¿Pero el Marques no me avisaría? . . .

*Torq.* Tal vez no lo sabe, porque todo se ha hecho con el mayor secreto. Desde que de órden del Rey vino á continuar la causa el Alcalde Don

Justo de Lara, es infinito lo que se ha adelantado. Aun no ha seis días que está en Segovia, y quizá sabe ya todos los lances que precedieron al desafío. El tomó por sí mismo informes y noticias: examinó testigos: practicó diligencias; y procediendo siempre con actividad y sin estrépito, logró descubrir el paradero de Juanillo: despachó posta á Madrid; y le hizo conducir arrestado. Antes de su arribo viviamos sin susto. El Alcalde mayor, que previno esta causa, se afaná mucho al principio por descubrir el agresor; pero solo pudo tomar algunas señas por aquellos soldados que nos vieron reñir; y contentándose con despachar las requisitorias de estilo, cesó en la continuacion del sumario, y le dexó dormir. Pero la Corte, que quando el desafío estaba, como ahora, en San Ildefonso, esperaba con ansia las resultas de este negocio. Las recientes Pragmáticas de Duelos, las instancias de los parientes del muerto, y la cercanía de esta Ciudad al Sitio, interesaron al Gobierno en él, y de aquí resultó la comision de este Ministro, cuya actividad . . . ¿Quién sabe si á la hora de esta mi nombre? . . . Ya ves, Anselmo, que en tal conflicto no me queda otro recurso que la fuga. Estoy determinado á emprenderla; pero no he querido hacerlo sin avisarte.

*Ans.* Quanto me dices me dexa sorprendido. Estaba yo tan descuidado en este punto . . . . Pero Juanillo ignora absolutamente que tú fueses el matador de su amo . . . . ¿Y quién sabe si esta ausencia precipitada hará sospechar? . . . . Por otra parte la fuga es un recurso tan arriesgado . . . . tan poco honroso . . . .

*Torq.* ¿Y piensas tú, que quando recurro á ella, lo hago por evitar el castigo? Ah! en el conflicto en

que me hallo, la muerte fuera dulce á mis ojos! Pero si se descubre mi delito, ¿cómo sufriré la presencia de Don Simon, mi bienhechor, á quien ofendí tanto? ¿La de Laura, á quien hice verter tan tiernas lágrimas sobre el sepulcro de su esposo, y á quien despues hice el atroz agravio de ocultarle mi delito? Ah! yo llené sus corazones de luto y desconsuelo: yo desterré de esta casa el gusto y la alegría; y yo, en fin, turbé la paz de una familia virtuosa que, sin mi delito, gozaria aun del sosiego mas puro. Este remordimiento llenará mi alma de eterna amargura. Sí, amigo mio, léjos de Laura y de su padre, buscaré en mi destierro el castigo de que soy digno; y al fin me hallará la muerte donde nadie sea testigo de mi perfidia y mis engaños.

*Ans.* ¡Ay Torquato! el dolor te enagena, y te hace delirar. ¿Qué quiere decir mi delito, mi perfidia, mis engaños? ¿Acaso lo que has hecho merece esos nombres? Es verdad que has muerto al Marques de Montilla: pero lo hiciste insultado, provocado y precisado á defender tu honor. El era un temerario, un hombre sin seso. Entregado á todos los vicios, y siempre enredado con tahures y mugercillas: despues de haber disipado el caudal de su esposa pretendió asaltar el de su suegro, y hacerse cómplice en este delito. Tú resististe sus propuestas: procuraste apartarle de tan viles intentos; y no pudiendo conseguirlo avisaste á su suegro, para que viviese con precaucion: pero sin descubrirle á él. Esta fué la única causa de su enojo. No contento con haberte insultado y ultrajado atrozmente, te desafió varias veces. En vano quisiste satisfacerle y templarle: su temeraria im-

portunidad te obligó á contestar. No, Torquato, tú no eres reo de su muerte: su genio violento le conduxo á ella. Yo mismo ví que mientras el Marques como un leon furioso buscaba tu corazon con la punta de su espada, tú reportado y sereno pensabas solo en defenderte; y sin duda no hubiera perecido, si su ciego furor no le hubiese precipitado sobre la tuya. En quanto á tu silencio ¿no me has dicho que Don Simon, prendado de tu juiciosa conducta, movido de su antigua amistad con tu tia Doña Flora Ramirez, y cierto de tu inclinacion á Laura, te la ofreció en matrimonio? ¿Hiciste otra cosa que aceptar esta oferta? ¿Y qué? ¿despues de lo que debes á esta familia, pudieras despreciarla sin agraviar al amor, al reconocimiento y á la hospitalidad? No, amigo mio, no, tú tomarás el partido que te acomode: pero tu interior debe estar tranquilo.

*Torquato, con viveza.*

¿Tranquilo despues de haber engañado á Laura? Ah! su corazon no merecia tal perfidia! Yo le entregué una mano manchada en la sangre de su primer esposo: le ofrecí una alma sellada con el sello de la iniquidad; y le consagré una vida envilecida con el reato de este crimen, que me hace deudor de un escarmiento á la sociedad, y siervo de la ley. ¿Qué de agravios contra el amor y la virtud de una desdichada! No, Anselmo, yo no podré sufrir su vista: no hay remedio, voy á ausentarme de ella para siempre.

*Ans.* Amigo mio, yo no puedo aprobar un partido tan peligroso: pero si tú estás resuelto á marchar, yo debo estarlo á servirte. ¿Quieres que te siga? ¿Que vayamos juntos hasta los desiertos de Siberia? ¿Quieres?...

*Torq.* No, Anselmo: conviene que te

quedes. Yo necesito aquí de un fiel amigo, que me envíe noticias de mi esposa, y se las dé de mi destino. No porque piense en ocultar á Laura mi resolución. No: este nuevo engaño me haria indigno de su memoria, y de la luz del día. Aunque haya de serle amarga la noticia de mi separacion, quiero que la deba á mi franqueza y fidelidad, y remediar de algun modo mis antiguas reservas.

*Ans.* Pues bien; ¿y cuándo piensas? . . .

*Torq.* Despues de comer. He pretextado un viage de pocos dias á Madrid para deslumbrar á mi suegro, y aun no le dixé cosa alguna. En quanto á mis intereses y negocios este pliego te dirá lo que debes hacer. Contiene una instruccion puntual conforme á mis intenciones, y un poder general de que podrás valerte quando llegare el caso. Sobre todo, querido amigo, te recomiendo á Laura. En ella te dexo mi corazon: procura consolarla. . . Ah! cómo podrá consolarse su alma desdichada!

*Anselmo enternecido.*

Mi buen amigo, léjos de tí tambien yo habré menester de consuelo, y no le hallaré en parte alguna. ¡Quánto me duele tu amarga situacion! ¡Qué amigo! ¡Qué consolador! ¡Qué compañero voy á perder con tu ausencia! Pero te has empeñado en afligirnos. . . En fin cuenta con mi amistad, y con el puntual desempeño de tus encargos. ¡Ah! si fuese capaz de mejorar tu suerte!

*Torquato abatido.*

El Cielo me ha condenado á vivir en la adversidad. ¡Qué desdichado nací! Incierto de los autores de mi vida, he andado siempre sin patria, ni hogar propio, y quando acababa de labrarme una fortuna, que me hacia cumplidamente dichoso, quiere mi mala estrella! . . . Pero, Anselmo, no demos ocasion en la familia. . . Felipe

vuelve. . . Aun nos veremos ántes de mi partida.

*Ans.* Sí: tengo que volver á cumplimentar á ese Ministro: entónces hablarémos. A Dios.

SCENA IV.

*Torquato, Felipe.*

*Torquato con serenidad.*

¿Han preguntado por mí?

*Fel.* El Señor Don Simon, y con algun cuidado. Dixo que iba á Misa, y que volvía al instante. Tambien preguntó mi ama: díxela que estabais con vuestro amigo.

*Torquato inquieto.*

¿Cómo? ¿Pues no te previne? . . .

*Fel.* Vos no me prevenisteis que callase. . . .

*Torquato con serenidad.*

Anda á ver si hay algun retorno de Madrid, y ajústale para despues de mediodia. ¿Entiendes?

*Fel.* Muy bien, Señor. ¡Qué mal humor tiene!

SCENA V.

*Simon, Torquato.*

*Sim.* ¿Qué es esto de retorno? ¿Qué viage es este, Torquato? Tú traes á Felipe alborotado con tu viage, y no me has dicho cosa alguna. Tampoco Laura. . .

*Torq.* Perdonad si no he solicitado ántes vuestro permiso. ¡Andais tan ocupado con el huesped! Quando me vestí aun dormía Laura, y por no incomodarla. . . Ya sabeis que por muerte de mi tia quedaron en Madrid aquellos veinte mil pesos. . . Yo quisiera pasar á recogerlos.

*Sim.* Me parece muy bien. Pero me haces tanta falta para acompañar á este Ministro. . . El gusta tanto de tu conversacion. . .

*Torq.* En todo caso estoy pronto á complaceros: si os parece. . .

*Sim.* No, hijo mio, haz tu viage, y procura volver quanto ántes. Laura sin tí no vivirá contenta, ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas, y el trabajo excesivo me aflige demasiado. Ah! en otro tiempo. . . . Pero ya soy muy viejo. . . . A propósito, ¿qué te parece de este Don Justo?

*Torq.* Jamás traté Ministro alguno que reuna en sí las cualidades de buen Juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! ¡Qué talento! ¡Qué humanidad!

*Sim.* Pero, hombre, es tan blando, tan Filósofo. . . Yo quisiera á los Ministros mas duros, mas enteros. Me acuerdo que le conocí en Salamanca de Colegial, y á fe que entonces era bien enamorado. Pero, hijo mio, ¿si tú hubieras alcanzado á los Ministros de mi tiempo! . . . ¡Oh! aquellos sí que eran hombres en forma! ¡Qué teoricones! Cada uno era un Digesto vivo! ¿Y su entereza? Vaya no se puede ponderar. Entonces se ahorcaban hombres á docenas.

*Torq.* Habria mas delitos.

*Sim.* ¿Mas delitos que ahora? ¿Pues no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

*Torq.* Segun eso habria menos conocimiento de las leyes?

*Sim.* ¿De las leyes? ¡bueno! Ahí están los Comentarios que escribieron sobre ellas: míralos, y verás si las conocieron. Hombre hubo que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en folio. Pero hoy se piensa de otro modo. Todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como la gente de extrangia, quieren tambien que estudiemos y sepamos á la Francesa. ¿No ves que solo se trata de planes, métodos, ideas nuevas? . . . ¡Así anda ello! ¿Querrás creerme, que hablando la otra noche D. Justo de la muerte de mi

yerno, se dexó decir que nueva Legislacion sobre los Duelos necesitaba de reforma; y que era una pena muy cruel castigar con la misma pena al que admite un desafio, que el que le provoca? ¡Mira tú que disparate tan garrafal! Como si no fuese igualmente la culpa de ambos! Que lea, que los autores, y verá si encuentra alguno tal opinion.

*Torq.* No por eso dexará de ser acerdote. Los mas de nuestros Autores han copiado unos á otros, y apenas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíritu de nuestras leyes. Oh! en esa parte lo mismo pienso yo que el Señor Don Justo.

*Sim.* Pero hombre. . .

*Torq.* En los desafios, señor, el que provoca es por lo comun el mas temerario, y el que tiene menos culpa. Si está injuriado, ¿por qué no se queja á la Justicia? Los Tribunales le oirán, y satisfarán su agravio segun las leyes. Si no lo está, la provocacion es un insulto insufrible pero el desafiado. . .

*Sim.* Que se queje tambien á la Justicia.

*Torq.* ¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, Señor, es un bien que todos debemos conservar; pero es un bien que no está en nuestra mano sino en la estimacion de los demas. La opinion pública le da y le quita. ¿Sabeis que quien no admite un desafio, es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la Justicia? ¿La ley que le impuso la opinion pública, podrá borrarla una sentencia? Yo he oído decir que el honor es una quimera, pero sé tambien que sin él no puede subsistir una Monarquía, que es el alma de la sociedad: que distingue las condiciones y las clases: que es principio de mil virtudes políticas; y



fin, que la Legislacion, lejos de combatirle, debe fomentarle y protegerle.

*Sim.* Bueno, muy bueno! Discursos á la moda, y opinioncitas de ayer acá: déxalos correr, y que se maten los hombres como pulgas.

*Torq.* La buena Legislacion debe atender á todo, sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al Legislador toca rectificarla. Despues de conseguido, se podrá castigar al temerario que confunda el honor con la bravura. Pero mientras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

*Sim.* Segun eso al reptado que mata á su enemigo se le darán las gracias. ¿No es verdad?

*Torq.* Si fué injustamente provocado: si procuró evitar el desafio por medios honrados y prudentes: si solo cedió á los ímpetus de un agresor temerario, y á la necesidad de conservar su reputacion, que se le absuelva. Con eso nadie buscará la satisfaccion de sus injurias en el campo, sino en los Tribunales: habrá menos desafios, ó ninguno; y quando los haya, no reñirán entre sí la razon y la ley, ni vacilará el ánimo del Juez sobre la suerte de un desdichado... Pero, señor, Laura estará impaciente.... Si os parece....

*Sim.* Sí, sí: vamos allá.

*Se va y vuelve.*

Ah! sabes que han preso á Juanillo? No, ¡D. Justo adelanta terriblemente en la causa! Tanto como eso es menester confesarlo: él es activo como un diablo.

*Yéndose.*

*Sí, como un diablo... Fuego!*

#### SCENA VI.

*Torquato, paseándose.*

*En fin, voy á alejarme para siempre*

de esta mansion que ha sido en algun tiempo teatro de mis dichas, y fiel testigo de mis tiernos amores. ¡Con quanto dolor me separo de los objetos que la habitan! Errante y fugitivo tus lágrimas, ó Laura! estarán siempre presentes á mis ojos, y tus justas querellas resonarán en mis oídos. ¡Alma inocente y celestial! ¡Quanta amargura te va á costar la noticia de mi ausencia! Tú has perdido un esposo que ni te amaba, ni te merecia; y ahora vas á perder otro que te idolatra: pero que te mereca menos, pues te ha conseguido por medio de un engaño!

*Despues de alguna pausa.*

¿Y adónde iré á esconder mi vida desdichada?... Sin patria, sin familia, prófugo y desconocido sobre la tierra, dónde hallaré refugio contra la adversidad? Ah! la imágen de mi esposa ofendida, y los remordimientos de mi conciencia me afligirán en todas partes.

### ACTO SEGUNDO.

#### SCENA I.

*Simon, Torquato, Laura, Eugenia.*

*El teatro representa una sala decentemente adornada. A un lado estará Laura haciendo labor: á alguna distancia Torquato con ayre triste, y extremadamente inquieto: Eugenia, en pie, detras de la silla de su ama; y Simon se pasea por el frente de la scena.*

*Sim.* Y bien, Torquato, ¿piensas estar en Madrid muchos dias?

*Torq.* El asunto de que os hablé pudiera despacharse en pocas horas: pero las gentes de comercio son tan prolixas, y gastan tantas formalidades....

*Sim.* Oh! eso de soltar dinero á nadie le gusta.

*Laura, á Eugenia.*

¿Estan ya compuestos los baules?

*Eug.* Si señora, ya están cerrados, y Felipe ha recogido las llaves.

*Laur.* ¿Qué ropa blanca has puesto en ellos?

*Eug.* Toda la de mi señor.

*Laura*, con alguna admiracion.

¿Toda?

*Eug.* Felipe me lo dixo.

*Torq.* Sí: yo se lo previne. Aunque deseo que mi vuelta sea breve, ¿qué sabemos lo que podrá suceder?

*Laur.* ¡Yo estoy sin sosiego! Este viage tan repentino.... Su tristeza.... Las expresiones que me dixo anoche.... Todo me inquieta!

*Torquato*, mirándola.

¡Que afligida está Laura! Ah! Si supiera la noticia que le preparo!

*Simon*, siempre paseándose.

Este Don Justo toma las cosas con un calor... Desde las siete de la mañana está zampado en la cárcel. Quizá tendrá ordenes tan estrechas... ¡Oh!

La Corte quiere que se hagan las cosas á galope tendido.

*Mirando á Laura y Torquato.*

pero mis hijos están tristes... ¿Si será por el viage? ¡Eh! mimos de recién casados.

*Torquato con inquietud.*

Si este hombre no se va, yo no podré decírselo.

*Sim.* Laura ¿que es eso? Tú estás triste. Tambien lo está Torquato. Qué? ¿un viagecillo de pocos dias puede turbar vuestro buen humor?

*Torq.* Para dos corazones que se aman la menor ausencia, señor, es un mal grave. Como cuentan sus gustos por momentos qualquiera tiempo, qualquiera distancia que los separe, los aflige.

*Laura*, con énfasis.

Añadid al que se queda la incertidumbre, y veréis quanto es mas justo su dolor.

*Sim.* ¡Bueno! ¡lindo! no lo dixeran mejor dos amantes de Calderon. Ea, ni-

ña no te vayas haciendo melindrosa. Que tu marido vaya y venga á sus negocios quando le acomode, que harto tiempo os queda para vivir juntos.

*Torquato*, aparte.

¡Pluguiera al Cielo!

*Simon*, á Laura.

Mira si quieres que te traiga algo de Madrid, y díselo.

*Laura*, mirando á Torquato con ternura.

Solo quiero que vuelva pronto.

*Torq.* ¡Ah! ¡Como podré dexarla!

## SCENA II.

*Juan*, los dichos.

*Juan*, á Simon.

Señor, el Ministro Garroso dice que os quiere hablar: ha hecho no sé qué prisiones....

*Simon*, siempre paseándose.

Algunos Raterillos: ¿eh?

*Juan.* Dice que son Gitanos.

*Sim.* Eso es peor. Dile que voy allá... Pero mira: que ántes avise á mi Alcalde mayor, y que luego vuelva. ¡Gitanos!... ¡Fuego!

*Juan se va y vuelve.*

Ah! Señor.... Tambien ha estado ahí aquel D. Vicente....

*Sim.* ¡Litigante eterno! ¿Y qué le has dicho?

*Juan.* Que estabais ocupado.

*Sim.* Lindamente. El solo viene á quitarme el tiempo, como si yo no tuviese que hacer mas que atender á su pleyto.

*Juan se va. Torquato*, aparte.

¡Infeliz! Acaso penderá de ese pleyto la subsistencia de su familia.

## SCENA III.

*Felipe*, los dichos.

*Felipe*, á Torquato.

Ya está ahí el carruage, señor.

*Laur.* ¡Tan temprano! Aun no hemos comido.

*Sim.* Tanto peor para ellos. Que se aguarden.

*Torquato, á Felipe.*

Haz que entretanto se vayan poniendo les cofres en la zaga.

*Se va Felipe.*

SCENA IV.

*Juan, los dichos.*

*Juan.* El Señor Don Justo envia á decir, que si acaso no está aquí al mediodia no se le aguarde á comer.

*Sim.* Par diez que lo ha tomado bien de asiento. Voyme á trabajar á mi despacho: si acaso viniere, que me avisen; y si tardare demasiado que nos den de comer.

*Laura, á Eugenia.*

Ve tú, Eugenia, á disponer lo que te tengo prevenido; y haz que den de comer á Felipe, para que no haga falta á su amo.

SCENA V.

*Torquato, Laura.*

*Laura, mirando á Torquato.*

Al fin nos han dexado solos: veamos lo que dice.

*Torquato la mira, levanta los ojos al cielo, y suspira.*

*Laur.* ¡Qué afligido está! No me atrevo á preguntarle. . . . Pero es preciso salir de tantas dudas.

*Con serenidad.*

Torquato, este viage que vas á hacer te tiene muy inquieto: yo lo conozco en tu semblante, y no sé como una ausencia de tan pocos dias, y que por otra parte es voluntaria, te puede costar tanto desasosiego.

*Torquato se levanta mirando á todas partes.*

Ah! ¿cómo se lo diré?

*Laura asustada.*

Pero ¿qué es esto, Torquato? ¿Tú suspiras? ¿Nada me respondes?

*Levantándose.*

Querido esposo. . . .

*Torquato, con pasion.*

¡Ah, Laura!

*Laura, con blandura.*

Querido, amigo, ¿que es esto? ¿Tú desconfias de tu esposa? ¿Puede haber en tu pecho alguna pena de que Laura no participe? Ah! yo he perdido tu confianza. . . . Sí, tú me aborreces.

*Torq.* ¿Yo aborrecerte? Oh Dios! No, tierna esposa, no: jamas mi corazon te ha querido con mas ardor, ni con mayor ternura.

*Laura, con inquietud.*

Pues bien, ¿que es lo que te aflige?

*Torquato, con extremo dolor.*

El temor de perderte.

*Laura, con sobresalto.*

¿De perderme?

*Torquato, como arriba.*

Sí, Laura mia, y de perderte para siempre.

*Laura, asustada.*

¡Oh Dios! ¡Que oigo!

*Torq.* Mi corazon, querida esposa, no siente sus tormentos. Es muy digno de los que sufre, y de los que le aguardan. Pero la afliccion que te preparo. . . . Ah! Esto, esto es lo que me tiene sin sentido!

*Laura, con resolucion.*

Ahora bien, Torquato, el Cielo por rumbos muy extraños me ha conducido hasta tu lecho. Mil veces me has oido, que vivo contenta en este destino, y que en él he encontrado mi felicidad. Desde que un santo nudo unió nuestros corazones, nuestros gustos y nuestras penas deben ser comunes; y si yo fuese capaz de ocultarte alguno de mis cuidados, creeria faltar á la fidelidad que te debo. Háblame claro: descúbreme tu alma; y líbrame de las angustias en que me tiene tu silencio.

*Torq.* Sí, Laura mia: voy á satisfacer

ese justo deseo. Tu virtud y tu candor lo merecen; y ¡ojalá mi corazón les hubiese hecho en otro tiempo tanta justicia como ahora! Pero ya no hay remedio. . . . Preven el tuyo para el terrible golpe, que va á descargar en él este bárbaro esposo. . . . Ah! ¡Quanto dolor me cuesta el afligirte!

*Laura, sobresaltada.*

Mi alma se estremece al escucharte.

*Torq.* Ya ves con quanto ardor se busca al matador de tu primer marido, y quantas, y quan vivas diligencias se practicán por descubrirle. El brazo de la Justicia está levantado contra su vida miserable: el Soberano ha empeñado su augusto nombre en esta pesquisa: tu padre, y los parientes del muerto estan sedientos de su sangre; y tal vez tú misma ofreces el deseo de su muerte á la tierna memoria de tu primer amor. pues este delincuente, este hombre proscrito, desdichado, aborrecido de todos, y perseguido en todas partes. . . . soy yo mismo.

*Laura, cae sobre su silla.*

¡Oh Cielo!

*Torq.* Sí, adorada Laura, yo soy ese objeto miserable de la ira del Cielo y de los hombres; y sin embargo viviría tranquilo, si no mereciese serlo tambien de la tuya. . . . Pero yo te he ofendido, y lo conozco. Ocultándote mi situacion, hice á tu alma inocente el mas atroz agravio, y esto solo me hace digno de los mayores suplicios. No: la muerte de tu esposo fué de mi parte un delito involuntario. El Cielo es testigo de quanto hice por evitarla. Pero mi silencio. . . . mi perfidia. . . . haberte engañado. . . . Ah! En vano querrá perdonarme tu alma virtuosa: yo no puedo perdonarme á mí mismo.

*Laura, con sumo abatimiento.*

Muger desventurada, ¡que es lo que acabas de saber!

*Torquato, con despecho.*

Pero, Laura, consuélate: yo voy á vengarte. No, mi perfidia atroz no quedará sin castigo. Voy á huir de tí para siempre, y á esconder mi vida detestable en los horribles climas donde no llega la luz del sol, y donde reynan siempre el horror y la obscuridad. Y no creas que voy huyendo de la muerte. ¿Que hay en ella de horrible para los desdichados? Ah! léjos de tu vista, el dolor de haberte ofendido, será para mi alma un suplicio mas duro y mas terrible que la muerte misma.

*Laura, como arriba.*

Buen Dios, ¡por que delito castigas á esta desdichada!

*Torq.* ¡Triste esposa! Yo soy el único autor de tus desdichas. . . . Soy un monstruo que está envenenando tu corazón, y llenándole de amargura. Ah! mi silencio! . . . A lo ménos, si despues de perderla conservase su estimacion. . . .

SCENA VI.

*Felipe, los dichos.*

*Felipe, asustado.*

Señor, señor. . . .

*Torq.* ¿Qué? ¿que quieres?

*Fel.* Acaban de traer preso al señor Don Anselmo á una de las torres de este Alcázar. Yo estaba sobre el foso disponiendo las zagas, y le ví entrar. Tambien me vió su merced, y me dixo al paso: corre, Felipe, corre, dile á tu amo lo que pasa: que vaya sin cuidado: que no se detenga, y que me escriba desde Madrid.

*Torquato, con notable admiracion y susto.*

O Dios! ¡que golpe tan terrible!

*Fel.* Dicen los que le traxeron, que es quien mató al Señor Marques, y que Juanillo lo ha declarado.

*Torq.* Bien está: vete. *Se va Felipe.*

## SCENA VII.

*Torquato, Laura.**Torquato, resolviéndose, despues de una gran pausa.*

No: yo no sufriré que padezca un momento por mi causa. El está inocente, y voy á socorrerle.

*Laura, deteniéndole.*

¡A socorrerle! ¿Y podrás hacerlo sin exponer tu vida?

*Torq.* Pero, Laura, ¿cómo he de sufrir que padezca mi amigo por mi culpa? ¿Le veré arrestado, deshonorado, y tenido por delinquente sin correr á ayudarle, siendo el único autor de su calamidad? No, no: voy á delatarme: á librar su preciosa vida; y á morir, pues solo soy digno de este infortunio.

*Laur.* ¿Y las lágrimas de tu esposa, hombre cruel, no podrán reprimir tus ímpetus violentos? ¿Quieres exponer mi triste vida á nuevos desconsuelos? Sosiégate, desdichado, y tén compasion de esta infeliz. Don Anselmo está inocente: el Cielo velará sobre su vida, y nos dará medios de conservársela. Salva ahora la tuya pues nos importa tanto. Huye, huye al instante de este funesto clima donde te persigue el infortunio, y dexa á nuestro cuidado la libertad de tu amigo.

*Torq.* No, querida Laura, no puedo obedecerte. Las cosas han tomado otro semblante, y ya no puedo separarme de aquí sin hacer traicion al mas honrado y digno amigo. Anselmo está preso por mi causa. Conozco su corazon: es incapaz de descubrirme; y antes correrá mil veces á la muerte, que contribuya á la desgracia de un amigo. Yo no expondré temerariamente mi vida: no, Laura mia, tú me la haces amable: pero tampoco puedo abandonarle. Voy á enterarme de todo: á poner en salvo

su vida y su reputacion; y en fin, si no pudiere conseguirlo, á tomar el partido que me dicten el honor y la amistad.

## SCENA VIII.

*Laura sentada, y muy afligida.*

Yo no sé donde estoy. . . . El Cielo sin duda se complace en llenar mi corazon de susto y desconsuelo. . . . Desventurada! Aun no ha dos horas que gozaba de la dicha mas pura, y ahora, rodeada de aflicciones, me veo expuesta á perder lo que idolatro. ¡Cruel esposo! Tu silencio. . . . ¿Era indigno mi corazon de tu confianza? Ah! si conocieras la ternura con que te ama! . . . Pero yo soy injusta: tú me amabas tambien: temias perderme; y un exceso de amor te hizo conmigo delinquente. . . . ¿Y sufriré que tu vida en tan urgente riesgo se vea? . . .

*Levantándose.*

No: corro á defenderte. . . .

*Deteniéndose.*

¿Y á quién acudiré con mis lágrimas? . . . . Mi padre. . . . Ah! ¡Podrá sufrir mi padre que interceda por el matador de mi esposo?

*Con resolucion.*

Pero este mismo no es mi esposo tambien? Sí: ya reconozco mi primera obligacion.

*Viendo á su padre.*

Padre. . . .

## SCENA IX.

*Simon, Laura.**Simon, desde la puerta.*

¡Vaya, vaya, que la hemos hecho buena! Laura, ¿no sabes lo que pasa? Jesus! Jesus! Estoy aturdido. El amigote de tu marido está en la torre, y dicen es quien mató al Marques. ¿Quién lo creyera? ¡Sobre que no se puede fiar de los hombres!

Pero á fe que no le arriendo la ganancia. Ya, ya el amigo Don Justo le dirá quantas son cinco. Que vaya, que vaya ahora á defenderle tu marido con sus filosofías. ¿Qué? ¿no hay mas que andarse matando los hombres por frioleras, y luego disculparlos con opiniones galanas? Todos estos modernos gritan: ¡la razon! la humanidad! la naturaleza! Bueno andará el mundo quando se haga caso de esas cosas. Pero D. Justo.

SCENA X.

*Justo, el Escribano, los dichos.*

*D. Justo, al Escribano, en el fondo.*

D. Claudio, váyase á descansar un rato, y vuelva despues de las dos.

*Esc.* Señor, las doce han dado ya.

*Just.* Y bien: ¿no le bastan dos horas para comer y reposar? Ponga esos papeles sobre mi bufete, y vuelva á la hora que le digo.

*El Escribano pasa con los papeles á un quarto interior, y vuelve á salir por la misma pieza. Simon, viéndole pasar.*

Eh! Yo apuesto á que no va contento. Este bribon querrá trabajar poco, y que la comision dure mucho. . . . Sí, á mí con esas.

SCENA XI.

*Justo, Simon, Laura.*

*Justo, acercándose.*

¿Quien podrá reposar tranquilo mientras los infelices maldicen su descanso!

*Sim.* Vaya, señor Don Justo, que esta mañana se ha trabajado mucho.

*Just.* Sí, amigo, pero se ha adelantado poco.

*Sim.* Poco! ¿Pues no habeis atrapado dos reos, que se escaparon á la penetracion de mi Alcalde mayor?

*Just.* Cierto es; pero si no me enga-

ño, aun estamos muy léjos de la verdad.

*A Laura.*

Señora, ¿por qué estais tan triste? Qué? . . .

*Sim.* No hagais caso de niñerías. Su marido se va á Madrid por una, ó dos semanas, y ved ahí lo que la tiene sin consuelo.

SCENA XII.

*Torquato, Felipe, los dichos.*

*Felipe, á su amo, en el fondo.*

¿Con que les digo que se vayan?

*Torq.* Sí: págales el dia, pues ya no los necesito.

*Fel.* Jamas le ví tan impertinente.

*Se va Felipe.*

*Sim.* ¿Pues qué, Torquato, ya no te vas?

*Torq.* No, señor: no puedo desamparar á mi amigo.

*Just.* Si yo fuese delicado, señor Don Torquato, atribuiria esta ausencia á la incomodidad de mi hospedage; pero tengo de vos mejor opinion.

*Torq.* Señor, las personas de vuestro mérito, léjos de incomodar, hacen dichoso á qualquiera que las obsequia. Un negocio doméstico me obligaba á pasar á Madrid, pero vos me habeis detenido arresando á un amigo, á quien no puedo desamparar.

*Just.* Siempre me es apreciable vuestra compañía; pero no quisiera lograrla á tanta costa. La suerte de D. Anselmo me compadece mucho; y la amistad con que le honrais no es lo que menos me interesa en su favor.

*Torq.* Nunca tendreis que arrepentiros de haberle honrado con vuestra compasion: pues ademas de sus buenas qualidades, tiene, para merecerla, la de ser inocente.

*Al oír esto se inmuta Laura.*

*Just.* Así lo espero. Su semblante, su compostura, y la serenidad que

manifiesta, no son compatibles con una conciencia delinvente. Pero él se ha obstinado en callar quanto sabe sobre el desafio y muerte del Marques, y esto no se lo perdonarán las leyes.

*Sim.* Oh! Quando lo sabe, y no lo dice, algo será ello. Señor D. Justo, no hay que juzgar á los hombres por sus semblantes: reos he visto yo que parecian unos santos, y eran peores que Barrabas.

*Torq.* No es Anselmo de ese número; ni es tan fácil á los perversos ocultar la iniquidad de su corazon. En fin, soy su amigo, y debo hacer por él quanto me permitan el honor y la Justicia.

*Justo, aparte.*

¡Qué juicio! ¡qué compostura! No he visto mozo mas cabal.

SCENA XIII.

*Juan, los dichos.*

*Juan, en el fondo.*

Señores, la sopa está en la mesa.

*Sim.* ¡Santa palabra! Vamos, vamos á comerla ántes que se enfrie, que lo demas lo descubrirá el tiempo.

SCENA XIV.

*Torquato muy pensativo, y paseando.*

En fin ya no hay recurso.... Ya no puedo salvar á mi amigo sin exponer mi propia vida. ¡Anselmo tiene contra sí tantas sospechas!... Si se obstina en callar sufrirá todo el rigor de la ley... Y tal vez la tortura...

*Horrorizado.*

¡La tortura!... ¡Oh nombre odioso! ¡nombre funesto!... ¿Es posible que en un siglo en que se respeta la humanidad, y en que la Filosofia derrama su luz por todas partes, se escuchen aun entre nosotros los gritos de la inocencia oprimida?... ¿Pero sufriré yo que por mi causa?....

No. El honor me sujeta á la dureza de las leyes, y yo seria digno de ella, si le expusiese por evitarla. Perdona, triste Laura, tú, cuyas virtudes eran dignas de suerte mas dichosa, perdona á este infeliz el sacrificio que va á hacer, de una vida que es tuya, en las aras del honor y de la amistad.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

*Justo, Simon, Torquato.*

*El teatro representa lo mismo que en el acto primero.*

*Just.* Sí, señor Don Torquato: quien sabe de los autores de un delito debe esta triste noticia á la causa pública, y á la seguridad de los demas. Las leyes no pueden castigar los delitos si ántes no los prueban. ¿Y cómo los probarán, si miran con indiferencia la ocultacion de la verdad? Así que Don Anselmo podrá estar inocente en quanto al desafio; pero él contesta haber gratificado al criado del Marques, enviándole á Madrid, y manteniéndole á su costa hasta el día; y esto supone que tiene noticia de la execucion, y aun del autor del delito. Os aseguro que esto mismo excita mi compasion ácia él, pues conozco que por un efecto de generosidad labra su propia ruina por evitar la de algun otro.

*Sim.* Allá se las avenga; si no quiere pernear, que cante de plano. Tú, hijo mio, ya has abogado bastante en su favor: dexa ahora que el señor Don Justo haga su oficio, pues sabe lo que se hace.

*Torquato, á Simon.*

Tambien sé yo lo que me toca hacer por un amigo de cuya inocencia estoy seguro.

*A Justo.*

¿Y habrá algun inconveniente en

que yo le hable?

*Just.* No os lo permitirán sin orden  
mia: pero os la daré, y no habrá  
embarazo.

*Justo se acerca á la mesa, escribe un  
papel, le entrega á Torquato, y es-  
te se retira.*

*Justo, viéndo ir á Torquato.*

¡Quanto me compadece! La suerte  
de su amigo le tiene inconsolable.  
¡Que corazón tan honrado!

SCENA II.

*Justo, Simon.*

*Justo, paseándose.*

Mucho me agradan, señor D. Simon,  
el juicio y los talentos de este mozo.  
La señora Laura será muy dichosa en  
su compañía.

*Sim.* Oh! ella está loca de contento.  
Es verdad que salió de un marido  
tan malo.... El Marques era un ca-  
laberon de quatro suelas ¡Que malos  
ratos dió á la muchacha! y que pesa-  
dumbres á mí! á los ocho dias de  
casado ya no hacia caso de ella, y á  
los dos meses no tenia de la dote ni  
dos quartos. Ahí nos engañaron con  
que sus parientas eran grandes seño-  
res en la Corte, y nos hicieron creer...  
Eh! palabrones de cortesanos, que  
se llevó el viento. Oh! Torquato,  
Torquato es otra cosa. ¡Que muger  
era su tia! Yo la conocí mucho en  
Salamanca. A su muerte le dexó una  
corta herencia: porque siempre le  
quiso como si fuera su hijo; y aun  
hubo malas lenguas.... Pero era  
muy virtuosa: Dios la tenga en des-  
canso. En fin las locuras del Marques  
me dexaron harto de señoritos: con  
que, por no tropezar con otro, vien-  
do que Laura quedaba viuda y niña,  
y que Torquato la tenia inclinacion,  
se la ofrecí, sin esperar que él la  
pidiese, y hoy viven ambos dicho-  
sos y contentos.

*Just.* ¿Y no pensais en darle algun  
destino?

*Sim.* ¿Destino? No señor: soy ya muy  
viejo, mañana, ó esotro me moriré,  
les dexaré quanto tengo, y con ello  
podrán vivir sin quebraderos de ca-  
beza. ¿Destino? ¡Buena es esa! Los  
hombres de empleo no sosiegan un  
instante. ¡Yo no sé como pretenden  
los que tienen con que pasar! Y lue-  
go se premia tan mal....

*Just.* Señor D. Simon, para el hombre  
honrado la satisfaccion de servir bien  
es el mejor premio.

*Sim.* Y os parece que la alcanzan los  
que sirven mejor? No por cierto.  
Hasta el crédito y la buena fama se  
reparte sin ton, ni son. ¡Ah, señor!  
vos no conoceis todavía al mundo.  
Antiguamente era otra cosa; pero  
hoy se juzga solo por apariencias. To-  
do consiste en un poco de maña y de  
ingeniatura. Los hombres honrados  
por lo comun son modestos; pero  
los picaros sudan y se afanan por pa-  
recer honrados: con que pasa por  
bueno, no el que lo es en realidad,  
sino el que mejor sabe fingirlo.

*Just.* En todo caso, el hombre de bien  
despues de haber cumplido con sus  
deberes, vivirá contento, y la injus-  
ticia de los que le juzguen no podrá  
quitarle su tranquilidad, que es el mas  
dulce fruto de las buenas acciones.

SCENA III.

*Escribano, los dichos.*

*Escribano, á la puerta.*

Señor, las dos han dado.

*Just.* Bien está.

*A Simon.*

Yo trataré de volver á buen tiempo  
para haceros la partida.

*Sim.* Señor, vos trabajais mucho, y  
á malas horas: cuidad mas de vues-  
tro descanso, que al cabo de la  
jornada sale mas bien librado el



se incomoda menos.

*Just.* Este hombre tiene muy buen razon, pero muy malos principios. *El Escribano entra y vuelve á salir con los papeles que dexó en el acto antecedente. Con él sale un criado, que entrega á Justo baston, sombrero y espada, y se van.*

## SCENA IV.

*Simon solo.*

*Sim.* ¡El hombre no sosiega! Con el bocado en la boca vuelve á su trabajo! ¡Fuego de Dios! El que cogiere debaxo no se le ha de escapar á dos tirones.

## SCENA V.

*Laura, Simon.*

*Laura, asustada.*

¿Señor, habeis visto á Torquato?

*Sim.* Poco ha que salió de aquí. Pero ¿qué tienes, muchacha? ¿Por qué vienes tan asustada? . . . ¿Tú has llorado? . . . Eh?

*Laur.* ¡Ay, padre!

*Sim.* ¿Pues qué? ¿Qué te ha dado? ¿Has perdido el juicio? Yo no os entiendo. Desde que tu marido resolvió su viaje andas tan alborotada y tan triste, que no te conozco; y el otro desde que prendieron á su amigote anda tambien fuera de sí. Antes mucha prisa por irse, y ahora ya parece que no se va. . . Aquí estuvo charlando una hora con Don Justo sobre las cosas de Don Anselmo, y al fin se fué diciendo que iba á verle.

*Laura, mas asustada.*

¿Y qué le habeis dexado ir?

*Simon, sereno.*

¿Dexado? ¿Por qué no?

*Laur.* ¡Ay, padre, yo temo una desgracia!

*Simon, cuidadoso.*

¿Una desgracia? ¿Cómo? . . .

*Laur.* Ah! no ha querido oirme. . . . Sin duda se complace en hacerme desdichada. . . . Tal vez á la hora de esta. . . .

*Sim.* Pero, muchacha. . . .

*Viendo á Felipe que entra corriendo y lloroso.*

¿Otra tenemos?

## SCENA VI.

*Felipe, los dichos.*

*Felipe, sollozando.*

¡Ay, señor, qué desgracia! ¡Quién creyera lo que acaba de suceder!

*Sim.* ¿Pues qué? . . . ¿Qué hay? ¿Qué traes? ¡Jesus! Hoy todos andan locos en mi casa.

*Fel.* Señor: yo estaba en este instante con los centinelas que guardan al Señor Don Anselmo, quando veo á mi amo llegar á la torre con mucha prisa, diciendo que queria hablarle; y aunque los soldados trataban de estorbárselo, manifestó una orden del Señor Don Justo, y le dieron entrada. Al punto corre ácia su amigo, le abraza, y sin reparar en los que estaban presentes: Anselmo, le dice, yo vengo á librarle: no es justo que por mi causa padezcas inocente. D. Anselmo, que conoció su idea, procuró contenerle para que callase, le hizo mil señas, le interrumpió mil veces, y hasta le tapó la boca; pero todo fué en vano, porque mi amo desatinado y como fuera de sí proseguia diciendo á voces, que él habia dado muerte al Señor Marques. A este tiempo entra el Señor D. Justo, á quien mi amo repite la misma confesion, intercediendo por su amigo, y asegurándole que estaba inocente. De todo tomó razon el Escribano, y ya quedan examinándolos. D. Anselmo queria persuadir al Juez, que él solo era el reo; pero mi amo se afligió tanto, é hizo tantas protestas que le obligó á desdecirse. El Señor D. Justo queda sorprendido sobremanera: su amigo confuso, é inconsolable; y hasta los centinelas, viendo su generosidad, lloraban co-

mo unas criaturas. No, yo no puedo vivir si pierdo á mi amo.

*Laur.* Ah! mi corazon me anunciaba esta desgracia! ¡Padre mio! . . .

*Simon, paseándose muy aprisa.*

Yo no sé donde estoy! . . . ¿Qué? Torquato? . . . ¿Mi yerno? . . . No, no puede ser. . . . Felipe, ¿estás bien seguro?

*Fel.* Ay, Señor, ¡oxalá no lo estuviera! Por señas que ántes de apartarse de nuestra vista me dixo: corre, querido Felipe, dile á mi esposa que ya está vengada; pero que si la interesa mi sosiego me restituya su gracia, y moriré contento.

*Laur.* ¡Que le restituya mi gracia! . . .

Ah! Si pudiera salvarle á costa de mi vida! desdichada de mí! . . . ¿A quién acudiré? ¿Quién me socorrerá en tan terrible angustia? ¡Querido padre! ¿Vos me abandonais en este conflicto? ¿Cómo no volamos á socorrerle?

*Sim.* No, hija mia, yo no lo creo aun. ¿Qué? ¿tu marido? ¿Torquato? No, no puede ser. . . . ¿Cómo es posible que nos engañara? . . . .

*Despues de una larga pausa.*

Pero si es cierto: si ha sido capaz de una superchería tan infame: no, Laura, no lo esperes, yo no podré perdonársela: ántes seré el primero que clame por su castigo. . . . ¿Pues qué? ¿Despues de haberle hospedado y protegido: de haberle agregado á mi familia y tenídole en lugar de hijo, habrá sido capaz de olvidar todos mis beneficios, y de engañarme de esta suerte? . . . Pero no, no puede ser. . . yo no lo creo. . . El es allá medio Filósofo, y tal vez querrá librar á su amigo por medio de una accion generosa.

*Laur.* No, Señor: ya es tiempo de hablar con claridad: su delito es cierto: él mismo me lo ha confesado.

*Simon, muy enojado.*

¿El te lo ha confesado? ¿Y tuviste sufrimiento para oirlo? ¡Pícaro engañador! ¡Llenar de afliccion la familia

donde estaba acogido: asesinar al que yo tenia en lugar de hijo: aspirar á la mano de su misma viuda, y lograrla por medio de un engaño! . .

No, Laura: él es muy digno de toda nuestra cólera, y tú misma no puedes olvidar los agravios que te ha hecho.

*Laur.* Padre mio, estoy muy segura de su inocencia: no, Torquato no es merecedor de los viles títulos con que afeais su conducta. . . . Sobre todo, Señor, él es mi esposo y debo protegerle: vos sois mi padre y no podeis abandonarme.

*Simon continúa paseándose sin ceder de su enojo.*

Pero si vuestro corazon resiste á mis suspiros, yo iré á lanzarlos á los pies del Señor D. Justo: su alma piadosa se enternecerá con mis lágrimas: le ofreceré mi vida por redimir la de mi esposo; y si no pudiese salvarle morirémos juntos, pues yo no he de sobrevivir á su desgracia.

*Simon, mas aplacado.*

Laura, Laura. . . Yo no sé lo que me pasa: tantas cosas como han sucedido en solo un dia me tienen sin cabeza. . . . ¿Y qué? ¿qué puedo hacer en su favor, aunque quisiera protegerle? No: su delito es de aquellos que nunca perdonan las leyes: su Juez es justo y recto, y las consecuencias son muy fáciles de adivinar.

*Laur.* ¿Con que todos me abandonarán en esta tribulacion? ¿Y vos tambien? ¡padre cruel! queréis ver á vuestra hija reducida á nueva y mas desamparada viudez? ¡Almas sin compasion! Las lágrimas de una desdichada. . . . Pero no importa: yo sola correré. . . .

*Quiere irse y se detiene viendo á Anselmo.*

SCENA VII.

*Anselmo, los dichos.*

*Laur.* ¡Ay, Don Anselmo! Ya lo sabemos todo.

*Ans.* Señora, no soy capaz de explicaros quanta es mi afliccion. ¡Generoso amigo! . . . ¡Con quanto gusto hubiera dado la vida por salvarle! Pero la suya queda en el mas terrible riesgo. . . No: yo no puedo abandonarle en esta situacion: desde ahora voy á sacrificar mi caudal y mi vida por su libertad. Si fuere preciso iré á los pies del Rey. . . Pero, Señor. . .

*A Simon.*

No perdamos tiempo: juntemos todos nuestros ruegos, nuestras lágrimas. . .

*Laura con eficacia.*

Sí, padre mio: él está inocente y es muy digno de vuestra proteccion. Ah! en su alma virtuosa no caben el dolo y la perversidad que caracterizan los delitos.

*Sim.* Pero, señores, lo que yo no puedo comprehender es, por qué este hombre nos calló su situacion. Al fin, si me lo hubiera dicho yo no soy ningun roble. . . Pero haber callado. . . haberse casado. . .

*Ans.* ¡Ay, señor! él es muy disculpable: el amor que profesaba á Laura, y el temor de perderla le alucinaron. Creedme, Señor Don Simon, yo era testigo de todos sus secretos. Apenas se celebraron las bodas quando un continuo remordimiento empezó á destrozarle el corazon, y en sus angustias lo que mas le afligia era el temor de perder á Laura, y de disgustar á su bienhechor.

*Laur.* ¡Esposo desdichado! Yo no te merecia.

*Simon, enternecido.*

¡Pobrecita! . . . Sosiégate, hija mia, y no te abandones al dolor con tanto extremo. Sus lágrimas me enternecen. . .

*Viendo á Justo.*

Ah! Señor Don Justo!

SCENA VIII.

*Justo, los dichos.*

*Justo, en el fondo de la scena.*

¡Quan graves y penosas son las pen-

siones de la Magistratura!

*Laura á Justo.*

¡Ay, Señor: si pudiesen las lágrimas de una desdichada! . . .

*Just.* ¡Qué terrible conflicto! Yo he traído la tribulacion al seno de esta familia.

*A Laura.*

Señora, la virtud y generosidad de D. Torquato excitan mi compasion aun mas eficazmente que vuestras lágrimas, y me hallo mas interesado en favor suyo de lo que podeis imaginar. Sosegaos, pues, y confiad en la providencia que nunca desampara á los virtuosos.

*Sim.* ¡Ay, Señor Don Justo! ¿Quién nos diria que vuestro amigo y mi yerno era el delinqüente que buscábamos?

*Just.* Ah! no podré yo explicar la turbacion que causó en mi alma su vista al llegar á la torre. La presencia de D. Anselmo lleno de prisiones, le tenia fuera de sí, y apenas me vió, quando empezó á clamar por su libertad con un ardor increíble; pero no bien le miró libre, quando volvió repentinamente á su natural compostura. Mientras duró la confesion se mantuvo tranquilo y reposado: respondió á los cargos con serenidad y con modestia; y aunque conocia que su delito no tenia defensa alguna contra el rigor de las leyes, no por eso dexó de confesarle con toda claridad. La verdad pendia de sus labios, y la inocencia brillaba en su semblante. Entretanto estaba yo tan conmovido, tan sin sosiego, que parecia haber pasado al corazon del Juez toda la inquietud que debiera tener el reo. En medio de este conflicto, ciertas ideas concurren á alterar mi interior. . . . ¡Qué ilusion!

*A Laura.*

Pero, Señora, pensad en vuestro reposo, y moderad los primeros ímpetus del dolor. Señor D. Simon, no la

abandoneis en situacion en que tanto os necesita. Su esposo me la ha recomendado con la mayor ternura, y este era el único cuidado que afligia su buen corazon.

*Laur.* ¡Desventurada!

*Ans.* Ah! mi buen amigo!

*Sim.* Sí, hija: vamos á pensar en tu alivio, y cuenta con la ternura de un padre que no es capaz de olvidarse de tu bien. *Yéndose.*

¡Este Don Justo es un Angel! Otros Jueces hay tan desabridos, tan secos. . . . No he visto otro por el término.

*Justo profundamente pensativo.*

La fisonomía de D. Torquato. . . . el tono de su voz. . . . Ah! vanas memorias! . . . Pero es forzoso averiguarlo.

SCENA IX.

*Escribano, Justo.*

*Escrib.* Señor, acaba de llegar del sitio un expreso con este pliego, y me ha pedido testimonio de la hora de su entrega.

*Justo tomando el pliego.*

Veamos: id á despacharle.

SCENA X.

*Justo solo.*

*Lee.* "Enterado el Rey de que las averiguaciones hechas últimamente en la causa del desafio y muerte del Marques de Montilla, en que V. S. entiende de su orden, han producido la prision del sirviente del mismo Marques que se hallaba prófugo en Madrid; y de que, con este motivo, se espera descubrir y arrestar al matador, quiere S. M. que si así sucediese, proceda V. S. á recibir su confesion al reo; y no exponiendo en ella descargo ó excepcion que, legítimamente probados, le exíman de la pena de la ley, determine V. S. la causa conforme á la últi-

"ma Pragmática de Desafios, consultando con S. M. la sentencia que diere con remision de los autos originales por mi mano: todo con la posible brevedad. Nuestro Señor guarde á V. S. muchos años. San Ildefonso, &c. Señor D. Justo de Lara."

*Paseándose con inquietud.*

¡Tanta priesa! ¡Tanta precipitacion! . . . . ¡Así trata la Corte un negocio de esta importancia! . . . Pero no hay remedio: el Rey lo manda, y es fuerza obedecer. Yo no sé lo que me anuncia el corazon. . . . Este D. Torquato. . . . él está inocente. . . . Un primer movimiento. . . . un impulso de su honor ultrajado. . . . Ah! cuánto me compadece su desgracia! . . . Pero las leyes están decisivas. ¡Oh leyes! ¡Oh duras, é inflexibles leyes! En vano gritan la razon y la humanidad en favor del inocente. . . . ¿Y seré yo tan cruel, que no exponga al Soberano? . . . . No: yo le representaré en favor de un hombre honrado, cuyo delito consiste solo en haberlo sido.

ACTO CUARTO.

SCENA I.

*Justo, Escribano.*

*El Teatro representa el interior de una torre del alcázar que sirve de prision á Torquato. La scena es de noche. En esta habitacion no habrá mas adorno que dos ó tres sillas, una mesa, y sobre ella una bugía. En el fondo habrá una puerta que comunica al quarto interior donde se supone está el reo, y á esta puerta se verán dos centinelas. Justo está sentado junto á la mesa con ayre triste, inquieto y pensativo, y el Escribano en pie, algo retirado.*

*Escribano acercándose.*

Señor, ya está todo evacuado: á las cinco y media en punto partió

el posta con los autos y la representacion.

*Just.* Muy bien, D. Claudio: idos á mi quarto, y esperadme en él sin separaros un instante. Si alguno me buscare para cosa urgente, avisadme; y si no lo fuere, que nadie me interrumpa. Si volviese el expreso traedle aquí con reserva; sobre todo un profundo silencio.

*Escrib.* Ya entiendo, Señor.

*Yéndose.*

¡Qué afligido está!

SCENA II.

*Justo despues de alguna pausa.*

En fin, he cumplido con mi funesto ministerio sin olvidar la humanidad. ¡Quiera el Cielo que mis razones sean atendidas! Pero el Ministro no verá las lágrimas de estos infelices, ni los clamores de una familia desolada podrán penetrar hasta su oído... Ve aquí por qué los poderosos son insensibles!... Sumidas en el fausto y la grandeza, ¿cómo podrán sus almas prestarse á la compasion? Ah! desdichados los que creen dichosos en medio de las miserias públicas!.. Mas yo confio en la piedad del Soberano... Su ánimo benigno no puede desatender tan justas instancias.

*Se levanta, y pasea inquieto.*

No sé de qué nace esta inquietud que me atormenta. ¿No pudiera ser que D. Torquato?... Haber nacido en Salamanca... no tener noticia de sus padres... su edad... su fisonomía... ¡Ah! dulce y funesta ilusion! El fruto desdichado de nuestros amores pasó rápidamente de la cuna al sepulcro!... No obstante quiero hablarle.

*llamando á los centinelas.*

¡Ola! Que venga el reo á mi presencia.

*Se sienta.*

*Los centinelas entran por la puerta del quarto interior: salen luego con*

*Torquato, que debe venir poco á poco por causa de los grillos, y le conducen hasta la presencia del Juez.*

SCENA III.

*Justo, Torquato.*

*Just.* Sí: yo le preguntaré...

*Viéndole.*

Su vista me quebranta el corazon.

*A los centinelas.*

Despejad.

*A Torquato.*

Sentaos.

*Los centinelas se retiran, y Torquato se irá acercando poco á poco á una de las sillas donde se sienta.*

Sentaos, amigo mio: ya no soy vuestro Juez, pues solo vengo á consolaros, y daros una prueba de lo que os estimo. Vuestra honradez me tiene sorprendido, y vuestra franqueza me parece digna de la mayor admiracion. Pero siento que os hayan sido tan perjudiciales.

*Torq.* El honor que fué la única causa de mi delito es, Señor, la única disculpa que pudiera alegar: pero esta excepcion no la aprecian las leyes. Respeto como debo la autoridad pública, y no trato de eludir sus decisiones con enredos y falsedades. Quando acepté el desafio preví estas conseqüencias: por no perder el honor me expuse entonces á la muerte, y ahora por conservarle la sufriré tranquilo.

*Just.* ¿Pero tanto empeño en callar las injurias con que os provocó vuestro agresor?... Tal vez su atrocidad representada al Soberano...

*Torq.* ¡Ay, Señor! Las leyes son recientes y claras, y no dexan efugio alguno al que acepta un desafio. ¿Por qué queriais que dexase perpetuados en el proceso los nombres viles?...

*Just.* ¿Pues qué? ¿Acaso el Marques?...

*Torq.* Me habeis dicho que no me hablais como Juez: por eso os voy á

responder como amigo. Mi ofensor, Señor, era uno de aquellos hombres temerarios á quienes su alto nacimiento y una perversa educacion inspiran un orgullo intolerable. En nuestro disgusto me dixo mil desonestos, que yo disimulé á su temeridad. Me desafió varias veces, y yo me desentendí sin contestarle; pero al fin insistió tanto, y llevó á tal extremo su provocacion que me echó en cara un defecto. . . . El rubor no me dexa repetirle.

*Torquato se cubre el rostro.*

*Just.* Y bien, ¿qué os dixo? Habladme con lisura.

*Llorando.*

*Torq.* ¡Ay, Señor! Entre mis desgracias cuento por la mayor la de no saber á quien debo la vida. Yo he sido fruto desdichado de un amor ilegítimo; y aunque este defecto estuvo siempre oculto, ciertos rumores. . . . En fin el Marques. . . .

*Justo sobresaltado y con prontitud.*

Ya, ya entiendo. . . . ¿Y con efecto habeis nacido en Salamanca?

*Torq.* Sí, Señor, allí nací, y allí tuve mi primera educacion.

*Justo siempre sobresaltado.*

¿Y á quién le debisteis?

*Torq.* A una parienta de mi propia madre, que me negó siempre el dulce nombre de hijo.

*Justo con mayor inquietud.*

¿Pero supisteis despues que lo erais en efecto?

*Torq.* Una criada antigua me dió las únicas noticias que tengo de mi origen. Mi madre, Señor, fué una de aquellas damas desdichadas á quienes el arrepentimiento de una flaqueza empeña para siempre en el ejercicio de la virtud. Su pundonor y su recato eran extremos. No se contentó con ocultar al público su desgracia por los medios mas exquisitos, sino que pensó toda su vida en remediarla. Una parienta anciana fué la única confidenta de su cuida-

do. Por medio de esta me hizo criar en una Aldea vecina á Salamanca: despues me agregó á su familia con el título de sobrino, fingiendo que mis padres habian muerto en Vizcaya; y en fin, engañó aun á su mismo amante suponiendo mi muerte, y reservando para otro tiempo la noticia de mi existencia. Ni paró aquí su delicadeza. Clamó continuamente por la vuelta de mi padre, á quien la necesidad obligará á buscar en paises lejanos los medios de mantener honradamente una familia. Estaba ya cercana su vuelta, y para entonces preparado un matrimonio que debia asegurarme la noticia y la legitimidad de mi origen; pero la muerte desbarató estos proyectos. Un accidente repentino privó á mi madre de la vida, y á mí de tan dulces y legítimas esperanzas. . . Mas Señor, vos estais inquieto: ¿sentís acaso alguna novedad?

*Justo mirándole atentamente, y con turbado en extremo.*

No hay duda: él es. . . sí, él es.

*Torq.* Señor. . . .

*Justo esforzándose para mostrar serenidad.*

No, amigo mio, no tengais cuidado, y decidme: ¿nunca habeis sabido el nombre de ese padre desdichado?

*Torq.* No Señor: la única noticia que pude adquirir de él fué que habia pasado con empleo á Nueva España, y que debia regresar con la última flota.

*Just.* ¡Oh Dios! ¡ó justo Dios! Mi corazon me lo habia dicho. . . . ¡Hijo mio!..

*Torquato asombrado.*

¡Qué, Señor! Es posible!

*Justo prontamente.*

Sí, hijo mio; yo soy ese padre desdichado, que nunca has conocido.

*Torquato de rodillas, y besando la mano de su padre con gran ternura y llanto.*

¡Mi padre! . . . ¡Ay, padre mio!  
Despues de haber pronunciado tan  
dulce nombre ya no temo la muerte.

*Justo, con extremo dolor y ternura.*

¡Hijo mio! ¡Hijo desventurado! . . .

¿En qué estado te vuelve el Cielo á  
los brazos de tu padre?

*Como ántes.*

*Torq.* No, padre mio: despues de  
haberlos conocido, ya moriré con-  
tento.

*Justo, levantándole.*

*Just.* El Cielo castiga en este instante  
las flaquezas de mi liviana juven-  
tud. . . . Pero sabes, hijo infeliz,  
quál es tu desgracia? ¿Sabes cuán-  
to debe ser mi dolor en este dia? . . .

Ah! Por qué no suspendí una hora,  
siquiera una hora? . . . Tu desdicha-  
do padre ha vuelto de su largo des-  
tiero solo para ser causa de tu rui-  
na. . . . ¡Ay, Flora! ¡Por cuántos tí-  
tulos me debe ser dolerosa la no-  
ticia de tu muerte!

*Torquato, con serenidad y ternura.*

Bien sé, padre mio, qual es mi si-  
tuacion, y qual el funesto ministerio  
que debeis exercer conmigo. Pero  
suponiendo mi suerte inévitable; no  
es un favor distinguido de la Provi-  
dencia que me restituya á los brazos  
de mi padre? Ya no moriré con el  
desconsuelo de ignorar el autor de  
mis dias: vos me confortaréis en el  
terrible trance: vuestra virtud sos-  
tendrá mi flaqueza; y á Laura

*(enternecido)*

le quedará un digno consolador en  
su triste viudez.

*Justo, enternecido.*

¡Hijo infeliz! ¡Hijo digno de mejor  
suerte y de un padre menos desdi-  
chado! Tu virtud me encanta, y tus  
discursos me destrozan el corazon! . . .

Ah! yo pude salvarte, y te he per-  
dido! . . . Solo la bondad del Sobe-  
rano. . . . Sí: su corazon es grande y  
benéfico, y no desatenderá mis ra-  
zones.

## SCENA IV.

*Escribano, los dichos.*

*Escribano, á Justo desde el fondo de*

*la scena.*

Señor: el Caballero Corregidor soli-  
cita entrar.

*Justo, al Escribano.*

Aguardad un momento.

*A Torquato.*

Hijo mio, reserva en tu corazon es-  
te secreto, porque importa á mis  
ideas; y si el Cielo no se doliere de  
este padre desventurado, ocultemos  
á la naturaleza un exemplo capaz  
de horrorizarla.

*Escribano, desde la puerta.*

¡Con qué ternura le habla! Hasta  
lé da el nombre de hijo por conso-  
larle. Oh! qué exemplo tan digno  
de imitacion y de alabanza!

*Justo, al Escribano.*

Que entre.

*El Escribano se retira, vuelve con Si-  
mon hasta la puerta, y se va.*

*Torq.* Solo me toca obedeceros.

## SCENA V.

*Simon, Justo, Torquato.*

*Sim.* Perdonad, Señor Don Justo: esta  
muchacha no me dexa sosegar un  
instante: si no la detengo, ya venia  
despeñada á echarse á vuestros pies.  
Clama por su marido, y dice que  
no quiere separarse de su lado. Tam-  
bien desea verle Don Anselmo.

*Just.* Ah! ¡Si supieran qual es su suerte!

*Simon á Torquato.*

¡Muy buena la hemos hecho, Tor-  
quato! Mira en qué estado nos has  
puesto!

*Justo, con gravedad.*

Señor Don Simon, ya no es tiempo  
de reconvenciones. Si no os doleis  
de su triste situacion, al menos no  
le aflijais.

*Torquato, á Justo.*

Peró, Señor, ¿se me negará el con-  
suelo! . . .

*Justo, con blandura.*

¿Para qué quereis exponeros á la an-

gustia de ver las lágrimas de vuestra esposa y vuestro amigo? Tan tiernos objetos solo pueden servir de mayor quebranto. Yo quiero escusárosle, amigo mio: retiraos un instante, y tratad de tranquilizar vuestro espíritu. Quizá en mejor ocasion podreis satisfacer tan justo deseo.

*A los Centinelas.*

Ola, retiradle.

*Los centinelas se van con Torquato en la misma forma que han salido.*

SCENA VI.

*Justo, Simon.*

*Simon, viendo salir á Torquato.*

¡Este mozo nos ha perdido! Mi casa está hecha una Babilonia: todos lloran, todos se affigen, y todos sienten su desgracia. Ve aquí, Señor Don Justo, las conseqüencias de los desafíos. Estos muchachos quieren disculparse con el honor, sin advertir que por conservarles atropellan todas sus obligaciones. No: la ley los castiga con sobrada razon.

*Justo.* Otra vez hemos tocado este punto, y yo creia haberos convencido. Bien sé que el verdadero honor es el que resulta del exercicio de la virtud, y del cumplimiento de los propios deberes. El hombre justo debe sacrificar á su conservacion todas las preocupaciones vulgares; pero por desgracia la solidez de esta máxîma se esconde á la muchedumbre. Para un Pueblo de Filósofos seria buena la legislacion que castigase con dureza al que admite un desafío, que entre ellos fuera un delito grande. Pero en un pais, donde la educacion, el clima, las costumbres, el genio nacional, y la misma constitucion inspiran á la nobleza estos sentimientos fogosos y delicados á que se da el nombre de pundonor: en un pais, donde el mas honrado es el menos sufrido, y el mas va-

liente el que tiene mas osadía: en un pais, en fin, donde la cordura se llama cobardía, y á la moderacion falta de espíritu, ¿será justa la ley que priva de la vida á un desdichado solo porque piensa como sus iguales? ¿Una ley que solo podrán cumplir los muy virtuosos, ó los muy cobardes?

*Sim.* Pero, Señor, yo creia, que el mejor modo de hacer á los mozos mas sufridos era agravar las penas contra los temerarios.

*Justo.* Quando haya mejores ideas acerca del honor convendrá acaso asegurarras por ese medio; pero entre tanto las penas fuertes serán injustas y no producirán efecto alguno. Nuestra antigua legislacion era en este punto menos bárbara. El genio caballeresco de los antiguos Españoles hacia plausibles los duelos, y entonces la legislacion los autorizaba; pero hoy pensamos, poco mas ó menos, como los Godos, y sin embargo castigamos los duelos con penas capitales.

*Sim.* Esos discursos, Señor, son demasiado profundos: yo no soy Filósofo, ni los entiendo; pero estoy muy mal con que los mozos...

*Justo con alguna aspereza.*

Dexemos una contestacion que debe affigirnos á entrambos, y vamos á consolar á Laura, pues tanto lo necesita.

*Sim.* Pero, decidme, no habrá algun medio de salvar á Torquato?

*Justo con seriedad.*

Esa pregunta es bien extraña en quien sabe las obligaciones de un Juez. El órgano de la ley no es árbitro de ella. No tengo mas arbitrio que el de representar; y pues habeis oido como pienso, podreis inferir si lo habré hecho con eficacia.

*Sim.* Oh! pues si habeis representado yo confio...

*Justo.* No hareis bien en confiar. Las



representaciones de un Juez suelen valer muy poco quando conspiran á mitigar el rigor de una ley reciente. Sin embargo la Providencia. . . La piedad del Soberano. . .

## SCENA VII.

*Escribano, los dichos.*

*Esc.* Señor, acaba de llegar el expreso.

*Justo recibiendo el pliego.*

Veamos. . .

*Asustado.*

No sé lo que me altera: el corazón no me cabe en el pecho.

*Sim.* ¿Que tendrá que tanto se ha turbado?

*Justo, leyendo en secreto la carta manifiesta en su semblante grande conmoción y extremo dolor, y despues de haber acabado se arroja en una silla.*

¡O padre sin ventura! ¡O hijo desdichado!

*Esc.* ¡Malo! ¡malo! Sin duda se ha confirmado la sentencia!

*Se va el Escribano; y Simon, como temeroso de interrumpir á Justo, se retira al fondo de la scena, sin resolverse á desampararle.*

*Sim.* Yo no comprehendo. . . El ha perdido el color. . ., ¡Qual se ha puesto Dios mio! ¿Qué traerá esta carta?

*Quanto dice Justo en el resto de la presente scena, se entiende aparte.*

*Just.* Sí, sí: yo he sido el cruel, que ha acelerado su desgracia. . . ¡Ah! Yo esperaba que mis clamores en favor de un inocente. . . ¡Hijo desventurado!

*Sim.* ¿Señor? . . .

*Acercándose con timidez.*

¿Que tendrá que tanto exclama?

*Justo, sin oírle.*

¡No solo aprueban su muerte, sino que quieren tambien atropellarla!

*Levantándose.*

No: al Soberano le han engañado. ¡Ah! Si hubiera oído mis razones,

¿cómo pudiera negarse su piadoso ánimo á la defensa de un inocente?

*Simon, desde lejos.*

Señor Don Justo. . .

*Justo, paseándose por la scena, como fuera de sí.*

¡Hijo mio! ¡hijo desdichado! ¿Cómo he de consentir? . . . Iré á bañar los pies del mejor de los Reyes con mis humildes lágrimas.

*Sim.* ¡Qual está, Dios mio! ¡No sosiega un instante! Señor Don Justo. . .

Por vida de. . . Señor Don Justo. . .

¡Pero qué gritos! . . .

## SCENA VIII.

*Laura, Anselmo, los dichos.*

*Laura entra corriendo en la scena y Anselmo deteniéndola.*

*Ans.* Señora, Señora, deteneos.

*Laura, mirando á todas partes.*

¡Que! ¿El correrá á la muerte, y yo no podré abrazarle? . . . Querido esposo, ¿dónde te esconden? ¿Quiénes son los crueles que nos separan?

*Sim.* ¡Hija mia! ¿que es esto? . . .

*D.* Anselmo. . .

*Ans.* Señor, no he podido contenerla. . . El posta que llegó de la Corte esparció la voz de que traía malas nuevas: entendiéronlo algunos de la familia, y sus lágrimas. . .

*Laura, á Justo de rodillas.*

Ay ¡señor! ¿Así abandonais á vuestro amigo? ¿Sufriréis que su esposa desventurada? . . .

*Justo, volviendo el rostro.*

¡Ve aquí lo que faltaba al complemento de mi desdicha! Señor Don Simon, separad á vuestra hija de este sitio, donde nada es capaz de aliviar su dolor

*Sim.* Vamos, hija, vamos.

*Laura, resistiéndose.*

No, yo no me separaré de aquí. . . ¡Que! ¿Despues de perderle, me negarán tambien el consuelo de morir en sus brazos? ¡Crueles! ¡todos son

cruels con esta desdichada!  
*Simon lleva casi violentamente á su hija, y Anselmo pretende seguirlos, pero se detiene avisado por Justo.*

## S C E N A I X.

*Justo, Anselmo.*

*Just.* Quedaos, Don Anselmo. Los sucesos de este triste dia me han hecho conocer la fina amistad que profesais á D. Torquato. ¿ Quereis dar un paso en su favor, que le pueda librar de la desdicha que le amenaza?

*Ans.* ¿ Pues qué? ¿ lo dudais, señor? Ah! no es posible comprehender quanto estimo sus virtudes, ni quanto me duele su triste situacion. Ah! Si pudiera á costa de mi vida. . . .

*Just.* A menos costa podeis serle muy útil, y defender la suya. A pesar de quantas razones expuse en su favor, la Corte ha resuelto lo que oireis ahora.

*Ans.* ¡ O Dios!

*Justo lee con dolor y turbacion.*

“ He dado cuenta al Rey de la causa escrita sobre el desafío que hubo en esa Ciudad el dia 4 de Agosto del año próximo pasado entre el Marques de Montilla y Don Torquato Ramirez, de que resultó la muerte del primero; y sin embargo de quanto V. S. expone en su representacion á favor del homicida, S. M. considerando el escándalo que ha causado este suceso en esa Ciudad, este Real Sitio, y todo el Reyno, singularmente quando estaba tan reciente la publicacion de su Pragmática de 28 de Abril del mismo año pasado; y teniendo asimismo presente, que el reo está llanamente confeso en su delito, se ha servido resolver que V. S. ponga en execucion la sentencia de muerte y confiscacion que ha dado en dicha causa, concediendo al reo, solo el tiempo preciso para disponerse á morir co-

mo christiano; y V. S. me dará cuenta de haberse executado en la forma prevenida. Nuestro Señor, &c.”

*Anselmo lloroso.*

¡ Infeliz amigo! ¡ Yo no podré sobrevivir á tu muerte!

*Just.* ¡ Desdichado! ¡ Todos se compadecen de su desgracia! Solo la Corte está sorda á nuestros clamores. Pero, Don Anselmo, aun no sabeis hasta donde llega la desdicha de vuestro amigo. . . .

*Ans.* ¿ Qué, señor, despues de una sentencia. . . .

*Just.* Sí, amigo mio: esta bárbara sentencia ha sido dictada por su mismo padre.

*Anselmo asombrado.*

¿ Vos padre suyo? ¡ Oh Dios!

*Justo, transportado de pena.*

No, yo no soy su padre: soy un monstruo, que le ha dado la vida para arrebatársela despues. . . ¡ Insensato! Yo hubiera podido. . . Pero no perdamos, amigo, un tiempo tan precioso. La terrible sentencia se va á notificar á Torquato: la Corte está cerca: vos sois su amigo: teneis en ella valedores. . . . Tal vez nuestras instancias. . . .

*Anselmo, yéndose con precipitacion.*

Basta, señor: he entendido: no me detengo ni un instante.

*Justo, siguiéndole.*

Si fuere preciso que el nombre de su padre. . . .

*Anselmo, desde la puerta, y sin volver el rostro.*

Entiendo: entiendo.

## S C E N A X.

*Justo solo.*

¡ Santo Dios, encamina sus pasos! . . . Ve aquí el natural y dulce fruto de la virtud: todos se complacen en protegerla, y todos corren ansiosos á sostenerla en la adversidad. ¡ Pero quan débiles son sus apoyos contra

la fuerza y el poder! ¡Virtud santa y amable! tú serás siempre respetada de las almas sencillas, mas no esperes hallar asilo entre los vanos y poderosos. . . . ¡Quánto ha cambiado mi suerte en solo un dia! ¿Es posible que me he de hallar en la dura necesidad de derramar mi propia sangre? . . . ¡Hijo desventurado! . . . La mano de tu bárbaro padre te va á ofrecer el amargo cáliz de la muerte! ¡Funesta obligacion! . . . Horrible ministerio! . . . ¡Si acaso D. Anselmo! . . . Ah! ¡Que podrán sus débiles ruegos contra los de tantos importunos! . . . contra el respeto de las leyes! . . . contra la preocupacion del Gobierno! . . . Ah! . . .

## ACTO QUINTO.

## SCENA I.

*Justo, Torquato, el Escribano.*

*Descúbrese á Torquato, sentado, con prisiones y con la misma ropa que debe llevar al suplicio. Justo, algo distante, se pasea con ayre profundamente inquieto y abatido. El Escribano estará retirado lejos de todos, y habrá centinelas dobles. La scena es de dia.*

*Justo, al Escribano.*

Dexadnos solos por un rato, y avisad quando sea tiempo.

*Se va el Escribano.*

*Sacando el relox.*

Ya no me queda esperanza alguna. . . la hora funesta está cercana, y Don Anselmo no parece. . . ¡O justo Dios! ¿Negaréis este consuelo á mis ardientes lágrimas?

*Torquato, con voz desmayada.*

En este triste y pavoroso instante la imágen de Laura ocupa únicamente mi memoria, y el eco penetrante de sus suspiros resuena en el fondo de mi alma. . . ¡Ay Laura! Yo no soy digno de tan amargas lágrimas. . .

*Mirando á su padre.*

Mi padre. . . Ah! su venerable presencia y su tristeza me destrozan el corazon. . . ¡O muerte! Sin estos objetos tú no serias terrible á mis ojos.

*Llamando á su padre:*

Padre. . .

*Justo, sin oírle, y paseándose.*

¡Hay que vencer tantas dificultades ántes de hablar á un Soberano!

*Torquato, con voz mas animada.*

Padre. . .

*Justo, paseándose, pero sin volver el rostro.*

Las lágrimas me ahogan. . . No puedo responderle.

*Torquato, esforzando mas la voz.*

Querido padre. . .

*Justo, prontamente.*

¡Hijo mio!

*Torq.* Yo estoy fatigado, y el peso de los grillos no me dexa llegar á vuestras plantas. . . Mi hora se acerca. . . Dignaos de bendecir por la última vez á este hijo desgraciado.

*Justo, acercándose, y tomando su mano.*

¡Hijo mio! Tus angustias se acabarán muy luego, y tú irás á descansar para siempre en el seno del Criador. Allí hallarás un padre que sabrá recompensar tus virtudes.

*Torq.* Sí, venerado padre: voy á ofrecerle mi espíritu y á interceder en su presencia por los dulces objetos de que me separa su justicia. . . . ¡Padre mio! Vuestro corazon y el de Laura, llenos de pureza y rectitud, tendrán todo su valor ante el Omnipotente. Ah! ¡qué consuelo! ¡Esperar en el seno de la eternidad la compañía de dos almas tan puras!

*Just.* Tú has cumplido, hijo mio, con todos tus deberes y puedes creerte dichoso, pues vas á recibir el galardón. Ah! nosotros, infelices, quedamos sumidos en un abismo de afliccion y miseria, mientras tu espíritu sobre las alas de la inmortalidad va

á penetrar las mansiones eternas , y á esconderse en el seno del mismo Dios que le ha criado ! Procura imprimir en tu alma estas dulces ideas, que ellas te harán superior á las angustias de la muerte.

*A este tiempo se oye el relox que da las once. Torquato se estremece: Justo, horrorizado, se aparta de él volviendo el rostro á otro lado, é inmediatamente entra el Escribano.*

## SCENA II.

*Escribano, los dichos.*

*Escribano, desde la puerta, y con voz tímida.*

Señor. . . . la hora ha dado ya.

*Torquato, asustado.*

¡Oh Dios! . . . . Esta es la última de mi vida. . . . ¿Con que no hay remedio? . . .

*Resignado, despues de alguna pausa.*

Vamos, pues, á morir.

*Justo, con extrema inquietud, paseando por el frente de la scena.*

¡Este D. Anselmo! . . . ¡D. Anselmo! . . . ¡Gran Dios! ¿Así abandonáis al inocente? . . .

*Hace seña al Escribano, que se habrá mantenido á la puerta.*

## SCENA III.

*Los dichos.*

*El Escribano, sin salir, hace una seña desde la puerta, y á ella entran sucesivamente el Alcayde, la Tropa y los Ministros de Justicia. El Alcayde despoja á Torquato de sus prisiones: los soldados con bayoneta calada le rodean por todos lados, y la gente de Justicia se coloca parte á la frente y parte cerrando la comitiva. El Escribano precede á todos. En este orden irán saliendo con mucha pausa, y entretanto sonará á lo léjos música militar lúgubre. Justo se mantiene inmóvil en un extremo del teatro, con toda*

*la serenidad que pueda aparentar, pero sin volver el rostro ácia el interior de la scena.*

*Torquato, mientras le quitan las prisiones.*

Querido padre, yo os recomiendo la inocente Laura: substituidla el lugar de este hijo que vais á perder.

*Justo.* Hijo mio: ella será mi único consuelo en las angustias que me aguardan.

*Torquato, empezando á salir.*

¡Padre! A Dios, querido padre.

*Justo no le puede responder por el exceso de su dolor: se arroja en una silla: luego se reclina sobre la mesa cubriendo su rostro con las manos, y entretanto acaba de salir todo el acompañamiento.*

*Justo, levantando las manos al cielo.*

¡Este D. Anselmo! . . .

*Torquato, fuera de la scena.*

A Dios, querido padre.

*Justo, al oírle, se vuelve á cubrir el rostro, y reclinado como antes guarda silencio por un rato.*

## SCENA IV.

*Justo, con voz interrumpida.*

¡Hijo infeliz! . . . Yo soy quien te priva de tu inocente vida. . . Lo que hice por salvarte ha sido tan poco. . . ¡Que idea tan horrible! . . . Pero no hay remedio. . . Bien presto la fúnebre campana me avisará de su muerte. . .

*Levantándose asustado.*

Ya parece que suena en mis oídos.

¡Santo Dios!

*Paseándose por la scena con suma inquietud.*

No hallo sosiego en parte alguna.

¡Hijo desdichado! ¿Es posible? . . .

¿Con que tu inocencia, tus virtudes, los ruegos de un amigo, los tiernos

suspiros de una esposa, las lágrimas de un padre, y el sentimiento universal de la naturaleza, nada pudo librarte de la muerte? ¿De una muerte tan acerba, y tan ignominiosa? . . . Buen Dios! ¿Por qué no le socorres? . . .

*Asustado.*

¿Pero que ruido se oye? ¿Si estará ya espirando?

SCENA V.

*Simon, Laura, Justo.*

*Laura entra en la scena corriendo, desgredada y llorosa, y su padre deteniéndola.*

*Simon, desde el fondo.*

Señor, señor, no puedo detenerla. Un solo instante que nos descuidamos. . . .

*Laura mirando á todas partes.*

No, no: todos me engañan. ¡Cruelles! ¿por qué me quitais á mi esposo? ¿Dónde está? ¿Qué? ¿No parece? ¿Se le han llevado ya? ¡Verdugos! ¡Cruelles verdugos de mi inocente esposo! ¿Estaréis ya contentos? . . . No: él no ha muerto aun, pues yo respiro. Dexadme, dexadme que vaya á acompañarle: que la sangrienta espada corte á un mismo tiempo nuestros cuellos. . . . ¡Querido esposo! ¡Ah! Tú lucharás tambien con tus verdugos por venir á unirme con tu Laura. ¿Por qué no quieren que espiremos juntos?

*Justo, procurando templar á Laura.*  
Hija. . . .

*Laura, mirándole con horror.*

Yo no soy vuestra hija, ¡cruel! yo no soy vuestra hija. Vos me habeis quitado mi esposo: sí vos me le habeis quitado. Y no os disculpeis con las leyes: con esas leyes bárbaras y crueles, que solo tienen fuerza contra los desvalidos.

*Just.* ¿Qué alma podrá resistir á tantas aficciones!

*Se oye á lo lejos una confusa gritería, y*

*casi al mismo tiempo el toque de la campana que se acostumbra en semejantes casos.*

¡Pero qué oigo! ¡Qué rumor! . . .

¡O santo Dios! Recibe su espíritu. *Se vuelve á arrojar en la silla tomando la misma situacion en que ántes estuvo. Laura corre como furiosa: su padre manifiesta tambien mucho dolor, y la sigue sin hablar.*

*Laur.* ¿Que? ya espiró? No, no puede ser. . . Mi esposo. . . ¡O triste, ó desdichado esposo! . . tu sangre corre ya derramada. . . Ah! voy á detenerla.

*Hace un esfuerzo por salir de la scena, y cae al suelo oprimida del dolor.*

*Sim.* ¡Hija mia! ¡Hija de mi vida! . . . Ah! que no respira!

*Aquí se hace una larga pausa, y durante ella continúa el sonido de la campana.*

*Just.* Este melancólico silencio llena mi alma de luto y de pavor. ¡Eterno Dios! Tú has recibido ya su espíritu en la morada de los Justos!

*Sim.* Hija mia. . . ¡Oh padre desdichado!

*Laura, volviendo en sí.*

¿Con que ya no hay remedio? ¿Con que el golpe fatal? . . . No: yo no puedo vivir. ¡Querido esposo! Ah! bárbaros! Ah! crueles verdugos!

*Just.* Buen Dios, pues nos envias esta tribulacion conforta nuestras almas para sufrirla.

*Sim.* ¡Hija mia! ¡Querida Laura! . . . *Laura, levantándose con furor.*

¿Y el justo Cielo no vengará la sangre del inocente? ¡Oh Dios! atiende á mi ruego, y haz que perezcan los verdugos que le han asesinado: que la triste sombra de mi inocente esposo llene sus corazones de susto y de zozobra: que los gritos, los atroces lamentos de su viuda infeliz resuenen siempre en sus almas impías: que sean eterno objeto de tu terrible cólera.

*Vuelve á caer en los brazos de su padre como ántes.*

*Sim.* Hija. . . . El dolor la tiene sin sentido. Hija mia. . . .

*Just.* Ah! su dolor es muy justo! ¡Desventurada! . . . Pero que nuevo rumor? ¿que habrá sucedido?

*El Alcayde, el Escribano, Eugenia, y algunos otros domésticos salen apresurados á la escena, diciendo todos á una voz.*

SCENA VI.

*Los dichos.*

*Albricias, albricias.*

*Sim.* ¿Pues qué? ¿qué hay?

*Escrib.* Albricias: el Rey le ha perdonado.

*Justo y Simon.*

¡O Dios!

*Laura, corriendo ácia el Escribano.*

¿Pues qué? ¿Vive? ¿Vive todavía?

*Amigo. . . .*

*Escribano, fatigado.*

Si el señor D. Anselmo tarda un instante mas, todo se ha perdido: pero el Cielo le traxo á tan buen tiempo. . . . Sí, señores: vive aun, y está perdonado: este es su indulto.

*Entrega un pliego á Justo.*

*Laur.* ¿Y dónde está? Vamos á verle.

*Simon la detiene.*

*Justo, abriendo el pliego besa la Real firma, la pone sobre la cabeza, y se retira á leer diciendo:*

Al fin, ¡buen Dios! los clamores de un padre desdichado no han sido vanos en tu adorable presencia.

*Simon al Escribano.*

Pues vaya, hombre, cuéntenos lo que ha pasado, y sáquenos de dudas.

*Escribano, mientras lee Justo.*

Yo no sé si podré, porque estoy tan alterado, tan gozoso. . . . Ya todo estaba pronto, y el reo habia subido á lo alto del cadahalso: toda la Ciudad se hallaba en la gran plaza de este Alcazar ansiosa de ver el triste espectáculo: el susto y la curiosidad

tenian al pueblo en profundo silencio, y solo se oia el funesto pregon de la sentencia, y las voces de los Religiosos que auxiliaban. Entretanto conservaba Torquato en su semblante la compostura y gravedad de su natural, y los ojos de todo el concurso estaban clavados en él, quando el verdugo le advirtió que habia llegado su hora. Entónces sereno y mesurado se acomoda la lúgubre vestidura, tiende su vista por toda la plaza, la fixa por un rato en este Alcazar, y lanzando un profundo suspiro se dispone para la sangrienta execucion. Todos guardaban un melancólico silencio, y ya el verdugo iba á descargar el fatal golpe, quando una voz que clamaba á lo lejos perdon, perdon, detuvo el impulso de su brazo. A esta voz siguió una grande y confusa gritería del pueblo, cuyo rumor engañó al que tenia á su cargo la campana: de suerte que el fúnebre sonido de esta, y las alegres voces del indulto y del perdon resonaron á un tiempo en todos los oidos. Ya á este punto llegaba D. Anselmo á caballo al sitio del suplicio. El susto, el polvo y el sudor habian desfigurado su semblante, de forma que nadie le conocia. Traia en mano la Real Cédula de indulto, que me entregó al instante.

*Justo acaba de leer, y se acerca á oír al Escribano.*

Y dándome órden de que viniese á presentarla, se apeó, subió al cadahalso, y allí queda dando tiernos abrazos á su amigo, y bañando su rostro en lágrimas de gozo.

*Just.* ¡Ay, amigo! corred: no os detengais un punto: poned á mi hijo en libertad, y que venga al instante á nuestra vista.

*El Escribano se va con precipitacion.*

¡O buen Dios! Mi corazon desfallece de contento. Sí, querida Laura, él es mi hijo, y tú lo eres tambien

bien. . . Ven á mis brazos , y ayúdame á dar gracias á la Providencia por este inefable beneficio.

*Laura , corriendo á abrazarle.*

¿Qué , señor? ¿ Vos sois su padre?

*Sim.* ¿Su padre? ¿Tambien tenemos esa?

*Just.* Sí , soy su padre , y sin embargo habia decretado su muerte. Ah! si el Cielo no le hubiese salvado , solo el sepulcro pudiera terminar mis tormentos. Sosiégate , querida hija , y tranquiliza tu espíritu agitado. En mejor tiempo te descubriré los designios de la Providencia sobre el origen de tu esposo.

*Laura , besando la mano á Justo.*

¡Querido padre! El Cielo me le vuelve por vuestra mano , y á su virtud y á la vuestra debo tan gran ventura.

*Sim.* Señores , quanto pasa parece una novela : yo estoy aturdido , y apenas creo lo mismo que estoy viendo. . . Querida Laura , ven á los brazos de tu padre.

*Laura va á abrazar á su padre , pero viendo á su esposo corre á encontrarle al fondo de la scena , donde se abrazan estrechamente.*

#### SCENA ULTIMA.

*Anselmo , Torquato , Felipe , los dichos.*

*Torquato desgredado , pero sin las vestiduras de reo , con semblante risueño , aunque muy conmovido : Anselmo lleno de polvo , y en trage de posta.*

*Laur.* ¡ Ah querido esposo ! . . .

*Torquato , corriendo á abrazarla.*

¡ Ah , Laura mia ! . . .

*Justo , abrazando á Anselmo.*

¡ Mi bienhechor , mi amigo ! ¿ Con qué podremos corresponder á tan sublime beneficio ?

*Ans.* En él mismo , señor , está mi recompensa. He tenido la dulce satisfaccion de salvar á mi amigo.

*Torquato , á su padre abrazándole.*

¡ Querido padre !

*Just.* Ven á mis brazos , hijo mio : ven

á mis brazos. . . Tú serás el apoyo de mi vejez.

*Laur.* Ah ! El gozo me tiene fuera de mí. . . Querido D. Anselmo , yo seré eternamente esclava vuestra.

*Torquato á Simon.*

¡ Padre mio !

*Simon , abrazándole.*

Buen susto nos han dado : Dios te le perdone. . . Vaya , señores , dexemos los abrazos para mejor tiempo , y díganos Don Anselmo cómo se ha hecho este milagro.

*Ans.* Jamas sufrió mi alma tan terribles angustias. Quando llegué á la Corte estaba S. M. recegido , y mis gritos , mis clamores fueron vanos , porque nadie se atrevió á interrumpir su descanso. Yo no dormí en toda la noche ni un instante ; pero tampoco dexé sosegar á nadie. El Ministro , el Sumiller , el Mayordomo mayor , el Capitan de Guardias , todos sufrieron mis importunidades. En vano me decian que mi solicitud era inasequible , porque yo no los dexaba respirar. Al fin , por librarse de mí ofrecieron pedir á S. M. una audiencia , y con esto los dexé por un rato ; pero empleé el tiempo que restaba hasta la hora señalada en prevenir á los que debian extender la Cédula , en caso de ser el despacho favorable : con lo qual todos estuvieron prontos y propicios. A las siete me admitió el Soberano. Le expuse con brevedad y con modestia quanto habia pasado en el desafio : le pinté con colores muy vivos el genio provocativo del Marques : el corazon blando y virtuoso de Torquato : el candor y la virtud de su esposa ; y sobre todo , la constancia y rectitud del Juez , diciendo que era su mismo padre. El Cielo sin duda animaba mis palabras , y disponia el corazon del Monarca. Ah ! que Monarca tan piadoso ! Yo ví correr tiernas lágrimas de sus augustos ojos ! Despues de

de haberme oído con la mayor humanidad: "La suerte de ese desdichado, me dixo, conmueve mi Real ánimo, y mucho mas la de su buen padre. Anda: ya está perdonado; pero no pueda jamas vivir en Segovia, ni entrar en mi Corte." Al punto me postré á sus pies y los inundé con abundoso llanto. Salgo corriendo, acelero el despacho, tomo el caballo, vuelo en el camino, y ¡ó Dios! un instante mas

me hubiera privado del mejor amigo!  
*Torq.* Querido amigo, vuelve otra vez á mis brazos: tú has sido mi libertador. ¡Quantos y quan dulces vínculos unirán desde hoy nuestras almas!  
*Just.* Hijos míos, empecemos á corresponder á los beneficios del Rey obediéndole. Vamos á tratar de vuestro destino, y demos gracias á la inefable Providencia que nunca abandona á los virtuosos, ni se olvida de los inocentes oprimidos.

FIN.

*¡ Dichoso yo! si he logrado inspirar aquel dulce horror, con que responden las almas sensibles al que defiende los derechos de la humanidad.*

Bec. Del. y Pen.

*Se hallará ésta y otras varias en la Librería de Quiroga calle de Carretas, con un gran surtido de Comedias, Tragedias, Autos Sacramentales, Trinólogos, Diálogos y Unipersonales, como tambien de Saynetes y Entremeses.*

*García*  
